

### CAPITULO XXX.

#### ¡ABAJO EL TIRANO!

¡Cómo ofusca el poder, y con qué facilidad quebrantan los hombres sus juramentos, una vez que están encumbrados! Santa Anna había jurado cumplir la ley de la revolución que le llamó á la Presidencia, en cuyo art. 5.º estaban claramente impresas estas palabras: "No pudiendo en ningún caso, NI POR NINGUN MOTIVO demorar la publicación de la convocatoria mas de un año," y antes de que se cumpliera el plazo fatal encontró el medio, según hemos visto, de burlar esa ley para perpetuarse en la Dictadura. ¡Pobre pueblo mexicano, pues, tan propenso á ser burlado, á ser escarnecido, y á ser tiranizado, después de engañársele con promesas mentirosas!

Pero Santa Anna llevó el perjurio al último grado de la desfachatez y del escándalo, con cada uno de sus actos tan depravados como tiránicos, calificados así por la historia, faltando á todos y á cada uno de los compromisos que había contraído con la Nación, lo mismo

que á todos sus ofrecimientos hechos con la mayor espontaneidad: en cambio, se convirtió en un tirano alevoso y cobarde, llevando sus infamias hasta firmar documentos oficiales tan vergonzosos, como aquel en que decía á un comandante de Veracruz: "Un funcionario público *debe cerrar los oídos y obrar sin consideración alguna,*" para que aprisionara y matara. Santa Anna, en fin, oprimió de tal modo al país, hasta tal punto llenó la copa del sufrimiento del pobre pueblo mexicano, que aquella tuvo que desbordarse, produciéndose con las materias explosivas que contenía la natural conflagración.

—¡Con un demonio! dijo un día muy enojado S. A. dirigiéndose á su Ministro de la Guerra, ¿qué pasa en el Sur que no me han traído á Villarreal vivo ó muerto como lo ordené?

—Serenísimo señor, contestó el Ministro, como Villarreal expuso el mes pasado, que no podía venir por estar enfermo, le previne que se pusiera en marcha aunque fuera en camilla.

—Y el teniente coronel Don Francisco Armengol, ¿qué cuentas ha dado de su comisión?

—Espero de un momento á otro me diga que ya trae al prisionero.

—Pues no traerá nada, ni Villarreal tiene enfermedad alguna. Lea S. E. esa carta.

S. A. alargó una carta del Comandante de Cuernavaca en que decía que sus exploradores le comunicaban que Don Florentino Villalba estaba en Cahuamilpa con una fuerza en actitud amenazadora, que

Villarreal habia estado varios días en la Providencia conferenciando con Alvarez y que habia muchos movimientos de gente que no auguraban nada bueno para la tranquilidad.

Doñ Santiago Blanco, que era entonces el Ministro de la Guerra se puso de todos colores, é inclinándose profundamente, dijo con tono humilde:

—Disponga S. A. lo que se ha de hacer.

—¡Canastos! exclamó Santa Anna, dando un puñetazo en la mesa que hizo saltar el tintero; lo que se ha de hacer es, mandar cuanto antes tropas que nos traigan vivos ó muertos á los revoltosos del Sur, segun la lista que obra en el departamento de guerra.

Don Santiago se apresuró á salir del despacho del Dictador para ir á dar órdenes á efecto de que se movieran tropas de todas partes para el Sur, dando al general Perez Palacios amplias instrucciones para que se encargara de aquella campaña en perspectiva.

Santa Anna quedó satisfecho con las órdenes, bien bárbaras por cierto, que dictó el Ministro de la Guerra y que despues habian de venir á ser un padron de ignominia por lo injustificadas y atroces.

Los del Sur en efecto, hacian lentos preparativos para promover una revolucion; pero luego que observaron que sus aspiraciones habian sido descubiertas, tuvieron que anticiparse, por mas que se sintieran débiles para luchar con el gran poder de la Dictadura, y entonces el general Don Juan Alvarez expidió una proclama á sus parciales, anunciándoles que la inva-

sion de tropas santanistas tenía por objeto uncirlos al carro de la tiranía.

Dada la voz de alarma, todos cuantos por aquel rumbo, y eran muchos, estaban ofendidos de la dictadura, se pusieron en movimiento, y el 1<sup>o</sup> de Marzo de 1854 el coronel Florencio Villarreal, aquel mismo á quien se le habia prevenido se presentara en México aunque hiciera el camino en una camilla, proclamó el plan de Ayutla que poco despues, el 11 del mismo mes, fué reformado en Acapulco, tomando parte en la revolucion el coronel Don Ignacio Comonfort, el general Don Tomas Moreno y el viejo patriota Don Juan Alvarez, que era respetado en el Sur como patriarca de la independencia. Don Nicolas Bravo no quiso por entonces mezclarse en el asunto y esto le costó la vida unos meses mas tarde cuando pasó el tirano por Chilpancingo.

El grito lanzado en el Sur repercutió hasta los últimos confines del país, y los que no podian repetirlo á grandes voces, lo hacian en el fondo de su alma, siendo estas tres las palabras májicas que alentaban el entusiasmo en todos los corazones:

¡Abajo el tirano!

En la Costa Chica, en la Costa grande y en el Sur de Michoacan, se gritó sin embozo: ¡Abajo el tirano! Pero en las demas comarcas en que los esbirros no dejaban volar ni una mosca y en donde el miedo á los procósules de S. A. era el que dominaba, no se decia recio porque era exponerse á perder la vida, pero si se decia quedo, muy quedo: ¡Abajo el tirano!

Bastante oprimidos se sentían todos los mexicanos para que no desearan que fuera derribado para siempre el pérfido Dictador.

Santa Anna reunió á sus ministros y observándolos cari-acontecidos les echó el siguiente sermón:

—No tengan Vdes. miedo, ¡canastos! ese plan de la revolución del Sur no es del todo malo, confieso que debe alucinar á muchas gentes lo mismo que las proclamas del viejo Alvarez; pero nosotros contamos con un ejército de cerca de cincuenta mil hombres que no defeccionará porque no se trata ahora de un pronunciamiento militar; ese ejército está mandado por buenos y adictos generales; tenemos recursos bastantes y vamos á tenerlos de sobra luego que se nos empiece á pagar el precio de la Mesilla; las revoluciones están desconceptuadas porque nunca se cumple lo que se ofrece en ellas; las leyes de conspiradores y de sospechosos harán que no haya quien quiera secundar en el interior el plan de Acapulco; los hombres de acción entre los liberales están muertos, presos ó desterrados, los demas están escondidos dentro de sus casas temblando; nosotros estamos aceptados por las principales clases, tenemos de nuestra parte al clero y á los ricos, ¿que podemos temer entonces? Diez ó doce mil hombres están ya sobre los rebeldes, y si es necesario, yo mismo iré á traérselos á sus señorías para que los degüellen. ¡Ea! vamos á divertirnos, vamos á demostrar serenidad porque es bueno que no seamos nosotros los que manifestemos desconfianza ni en las suerzas del gobierno, ni en la justicia de su cau-

sa, que defiende el orden en contra del bandidaje. Vayan ustedes á inventar algunas fiestas.

Por mas que los ministros no las tuvieran todas consigo, aparentaron no solo tranquilizarse sino entusiasmarse con aquel discurso de su amo, y corrieron á sus despachos á inventar programas de bailes y diversiones públicas.

Pero las noticias que llegaban todos los días eran alarmantes: en los primeros encuentros las tropas del gobierno habían sufrido descalabros y la revolución lejos de ser sofocada se propagaba como un verdadero incendio. El orgulloso Dictador dijo entonces:

—Será, pues, preciso que yo mismo vaya á dar una dura lección á esos insolentes.

Y Santa Anna salió de México el 16 de Marzo con tropas de refresco. No se le vió desplegar tanta actividad cuando era necesario ir á oponerse á la invasión del ejército norte-americano, ni nunca se había movido con mayor rapidez en ninguna otra campaña.

Dejaremos al Dictador en su festejosa marcha para el Sur, en que cada día era una fiesta, hasta llegar á Chilpancingo en cuya población se inventó la conseja de que una águila real se había posado sobre las espaldas del tirano como un buen augurio para su futura grandeza, y entremos al Palacio Nacional en la primera quincena de Mayo cuando S. A. tenía mas de un mes de haber abierto la campaña. Los ministros estaban reunidos en el departamento de Relaciones y habían ido allí con el objeto que ellos mismos nos dirán en su conversacion:

—De manera, dijo Lares dirigiéndose á D. Santiago, que S. E. no ha recibido ningun correo, ni ha podido hacer llegar á S. A. S. ningun comisionado.

—No parece sino que el ejército entero ha sido tragado por algun profundo abismo de aquellas montañas, contestó Blanco haciendo un gesto expresivo.

—Y no deja de parecer increíble que desde donde quiera que se encuentre S. A. S. no pueda hacer que una compañía, una brigada ó una division, si es preciso, se abra paso para hacernos llegar noticias.

—La acefalia en que estamos, no puede prolongarse, contestó Lares.

—No puede prolongarse, repitió Bonilla, lo comprendo; pero el pliego de mortaja fué confiado á mi lealtad por S. A. S. y no debo permitir que se abra sin incurrir en grave responsabilidad.

—Diremos á S. A. S., si acaso llega á presentárnos algun dia, que las circunstancias eran muy apremiantes, dijo por su parte Aguilar.

—Y cuando yo estoy seguro de una cosa....

—¿De qué cosa, Sr. D. Santiago?

—De que el general Santa Anna es muy capaz de arreglarse con los del Sur y dejarnos á nosotros colgados.

Todos los ministros se demudaron cuando oyeron esta especie de amenaza.

—Está bien, dijo al fin Bonilla: yo consentiré en que se abra el pliego de mortaja, con tal de que en la operacion se deje intacta la cubierta.

## LEYENDAS HISTORICAS.



... y cometieron la profanacion de abrir el pliego de mortaja con todas las precauciones imaginables.

Por una parte el temor y por otra la curiosidad, les agujoneaba á todos y cometieron la profanacion de abrir el pliego con todas las precauciones imaginables, consiguiendo el objeto de que los sellos de lacre no se lastimaran. . . . Allí estaban los nombres de ellos mismos encargados de mantenerse en el poder por turnos, dejando á su juicio convocar á elecciones cuando lo tuvieran por conveniente.

Después de pasado el asombro, volvieron á dejar todo en su lugar y se separaron protestando sacrificarse por S. A. S. si acaso volvía con bien de su peligrosa expedicion.

Entre tanto, Santa Anna habia sido detenido con su ejército en los muros de Acapulco, que le presentó una resistencia poderosa con unos 600 hombres apenas vestidos y municionados, mientras que él llevaba mas de 5000 hombres de sus mejores tropas.

No le dieron resultado ni sus intentos de corrupcion y tuvo que volverse corrido y avergonzado, desquitándose con dos pobres oficiales hechos prisioneros en una accion anterior, á los cuales mandó colgar en su presencia.

De regreso por Chilpancingo su paso se hizo notar con el fallecimiento del patriota D. Nicolás Bravo, que segun testimonio de un historiador tan serio y tan imparcial como D. Anselmo de la Portilla, no murió de muerte natural; pero antes, como si se tratara de una horda de bandoleros y no de un ejército mandado por un A. S., destruyó los pueblos de la

Venta, Dos Arroyos y otros, reduciendo á cenizas una multitud de haciendas y rancherías.

“Hay que advertir, dice Portilla refiriéndose lo acaecido con Bravo, en Chilpancingo, que la esposa del general Bravo, por una singular coincidencia, falleció el mismo día y casi á la misma hora que su marido.”

Caros le costaron sus actos de bandillaje al general Santa Anna, es decir, no á él sino á la Nación, porque tanto en el combate del Peregrino como en el de el Paso del Mexcala, le hicieron destrozos los pronunciados, matándole cientos de hombres y quitándole cientos de acémilas y un botín cuantiosísimo.

Santa Anna entró á México de vuelta de su desastrosa expedición el 16 de Mayo, con su ejército tan educido y tan maltratado, que daban lástima los hombres sufridos que lo componían; pero eso no fué óbice para que aquel cómico personaje dejara de sacar partido de su misma derrota, haciendo que se le levantaran arcos de triunfo y que se le organizaran los mismos festejos que á un vencedor.

Otro general menos desvergonzado, hubiera preferido quedarse estrellado ante los muros de Acapulco mejor que exhibir su nulidad y su impotencia en presencia de todas las gentes que no podían verle ya después de tantas baladronadas sino como un gran farsante.

—Conque SS. EE. han estado murmurando de mí durante mi ausencia al grado de mostrarse desconfiados de mi lealtad, dijo Santa Anna á sus ministros reunidos, luego que se hubo sacudido el polvo del camino.

—Serenísimo Señor, murmuraron los cuatro inclinándose.

—Silencio! Lo sé todo, no hay disculpa que valga.

—Serenísimo señor, estábamos inquietos, muy inquietos por S. A.

—Lo mejor que tendría yo que hacer, sería despedirlos á todos; pero prefiero darles una lección de consecuencia guardándolos.

—Serenísimo señor, dijo entonces el de Hacienda, guiñando un ojo, tenemos ya en caja, puede decirse, los millones de la Mesilla, á lo menos un millón que se ha negociado á cuenta, para entregarlo á S. A. á su llegada.

Santa Anna abrazó entonces á sus ministros enterrecido, y derramó al abrazarlos lágrimas arrancadas por su gran emoción.

Y como á pesar de todo, siguieron recibiendo noticias de que poblaciones enteras se levantaban contra el tirano, ensanchándose la revolución de un modo alarmante, el ministro de la Guerra expidió una circular por orden de Santa Anna, en que se leían estos vocablos dignos de Calígula: “Todo pueblo que se manifieste rebelde contra el supremo gobierno, debe ser incendiado, y todo cabecilla ó individuo que se coja con las armas en la mano, debe ser fusilado.” Amén de otras muchas órdenes dictadas contra determinadas personas y otras más de un carácter general, tronantes y bárbaras. A las medidas dictadas *ad terrorem*, siguieron las ejecuciones y la sangre comenzó á correr á torrentes, iniciándose una serie de

fusilamientos en Michoacán, lo mismo que en recios combates por todos lados, bajo la terrible prohibición de que se hicieran prisioneros.

Así murieron Villalva, Gordiano Guzman, José María Ramos y otros cien y cien valientes.

La tiranía se irguió llena de orgullo, y no tuvo ya compasión para nadie, destrozando cuanto tuvo al alcance de su brazo.

Pero lejos de intimidarse los patriotas, siguieron armándose, y luchando por la libertad, hasta que desde las fronteras de Tamaulipas á las playas de Acapulco, y desde el Golfo hasta el Pacífico, se oía el grito casi unánime de ¡abajo el tirano!

Santa Anna y sus ministros tuvieron un momento de angustia, el terror se apoderó de ellos á su turno y recurrieron á una superchería: apelaron al voto del pueblo. "Habrá un día libre, dijeron, para que se pueda decir la verdad: el 1.º de Diciembre la prensa no tendrá trabas por ese solo día, y todos los ciudadanos podrán decir sin temor ninguno si es su voluntad que siga en el mando el general Santa Anna revestido de amplias facultades." El pueblo, no obstante saber á lo que se exponía, ocurrió á las urnas y en centenares de boletas se leyeron las mismas palabras que servían de bandera á la revolución: "¡Abajo el tirano!"

El tirano se apresuró á tomar la revancha de aquellos audaces,

## CAPITULO XXXI.

### AURORAS COLOR DE ROSA.

Frente á un solar por el rumbo de San Cosme se veía una casita blanca, rodeada de un pequeño jardín y defendido el frente por una verja de hierro. La casita era baja y en las ventanas se veían unas persianas verdes que se destacaban graciosamente en el fondo blanco. Acababa de cerrarse una de ellas por donde había asomado una preciosa cabeza, la que estaba unida á un busto arrogante y esbelto. La hermosa joven á quien pertenecían aquella cabecita inteligente y aquel cuerpo gentil, dijo con voz clara y sonora, dirigiéndose á otra persona que había en el interior de la alcoba.

—No es Alfonso, mamá. Fué otra persona la que llamó en la casa de al lado.

—Alfonso no debe tardar, hija mía, contestó la no-